

## CAPITULO VI

LA INJUSTICIA EN LAS CONDICIONES SOCIALES  
EXISTENTES

La cómoda teoría de que está en la naturaleza de las cosas que unos sean pobres y otros ricos, y de que las graves y siempre crecientes desigualdades en la distribución de las riquezas no implican error en nuestras instituciones, domina nuestra literatura y se enseña en la prensa, en la iglesia, en la escuela y en el colegio.

Este es un país libre, decimos: todo hombre tiene un voto y todo hombre tiene una probabilidad. El hijo del labrador puede hacerse presidente; los pobres muchachos de hoy serán millonarios dentro de treinta ó cuarenta años, y los nietos del millonario serán pobres probablemente. ¿Qué más puede pedirse? Si un hombre tiene energía, habilidad, prudencia y penetración, puede llegar á poseer gran riqueza. Si no tiene habilidad para hacer esto, no debe quejarse de los que la tienen. Si algunos disfrutan mucho y hacen poco, es porque sus parientes poseyeron superiores cualidades que les habilitaron para poder «adquirir propiedad» ó «hacer dinero». Si otros deben trabajar penosamente y ganar poco, es porque no han tenido energía, porque son ignorantes é impotentes y no están dis-

puestos á practicar esa economía necesaria para la primera acumulación del capital, ó porque sus padres no fueron nada de eso. Las desigualdades de la situación resultan de las desigualdades de la naturaleza humana, de la diferencia de fuerzas y capacidades de los distintos hombres. Si uno tiene que trabajar diez ó doce horas por día para sacar unos cientos de duros al año, mientras que otro trabajando poco ó no haciendo trabajos penosos, saca una renta de muchos miles, es porque todo aquello con que el primero contribuye al aumento del fondo común de riqueza es poco más que con la simple fuerza de sus músculos. Puede esperar poco más que el animal, porque pone en juego poco más que la fuerza animal. Es un oscuro soldado en las filas del gran ejército de la industria, que tiene que estarse quieto ó caminar, según le ordenen. El otro es el organizador, el general, el que guía y maneja toda la gran máquina, el que debe pensar, planear y proveer; y su gran renta corresponde á los elevados y singulares poderes que ejerce y á la mayor importancia del cargo que ocupa. ¿No ha de tener la educación su recompensa y la habilidad su pago? ¿Qué incentivo habría para la tarea de aprender bien algo donde los grandes sueldos no fuesen concedidos á los que se distinguen? No sólo sería una grave injusticia negar á Rafael ó á Rubens más que á un pintor de brocha gorda, sino que impediría el desarrollo de los grandes pintores. Destruir las desigualdades de situación sería destruir el incentivo del progreso. Disputar sobre ellas es disputar sobre las leyes de la naturaleza. Lo mismo podríamos injuriar á la sucesión de los días ó á las fases de la luna; quejarnos de que hay valles y montañas, zonas de calor tropical y regiones de nieves perpetuas. Y aunque consiguiésemos por medio de

medidas violentas dividir equitativamente la riqueza, no haríamos más que causar daño; al cabo de poco habría desigualdades tan grandes como antes.

Esta es, en sustancia, la enseñanza que constantemente escuchamos. Algunos la aceptan porque halaga su vanidad, está de acuerdo con sus intereses ó aviva su confianza; otros porque aturden sus oídos. Como todas las teorías que obtienen gran aceptación, contiene mucha verdad. Pero es verdad aislada de otra verdad ó unida con falsedad.

Tratar de poner en seco á un barco que hace agua y que tiene un agujero en el costado, es inútil; mas esto no quiere decir que las goteras no puedan obstruirse y el barco no pueda ponerse en seco. Es innegable que, en las actuales circunstancias, las desigualdades en la fortuna tienden á robustecerse aunque por un momento se nivelen arbitrariamente; pero esto no demuestra que las condiciones de que surge esta tendencia á la igualdad no puedan alterarse. Ni de que haya diferencias en las cualidades y fuerzas humanas se sigue que sean forzosas las desigualdades de fortuna existentes. He visto tipógrafos muy ligeros y tipógrafos muy pesados, pero el más ligero que vi no colocaba el doble de letras que el más pesado, y dudo de que en otros oficios sean mayores las variaciones. Entre hombres normales la diferencia de un sexto ó un séptimo en la estatura es una gran diferencia; el gigante más alto conocido apenas era más del cuádruple del enano más pequeño conocido, y dudo que cualquier buen observador diga que las diferencias mentales de los hombres son mayores que las diferencias físicas. Sin embargo, tenemos ya hombres cien millones de veces más ricos que otros hombres.

Que el que produce tenga, que el que economiza

disfrute, es compatible con la razón humana y con el orden natural. Pero las desigualdades de riqueza existente no pueden justificarse con esta razón. En realidad, ¿cuántas fortunas pueden decirse que se han ganado buenamente? ¿Cuántas de ellas representan la riqueza producida por sus poseedores ó por aquellos de quienes traen origen sus actuales poseedores? ¿No contribuye á la formación de todas ellas algo más que la industria y habilidad superior? Tales cualidades pueden dar el primer empuje, pero cuando las fortunas comienzan á contarse por millones, siempre habrá algún elemento de monopolio, alguna apropiación de riqueza producida por los demás. Muchas veces hay una ausencia total de superior industria, habilidad ó abnegación y únicamente mejor suerte ó gran despreocupación.

Un individuo dedicado al reconocimiento de minas murió hace poco en San Francisco, dejando cuatro millones de pesos fuertes, que pasarán á sus herederos residentes en Inglaterra. Yo he conocido muchos hombres más industriosos, más hábiles, más moderados que él, hombres que no tendrán ni dejarán un centén. Este hombre no ganó su riqueza por su industria, su habilidad ó su moderación. No la produjo como no la producen en Inglaterra esas amistades afortunadas que ahora no hacen nada en toda su vida. Se hizo rico adquiriendo una extensión de tierra en sus últimos años, y, cuando San Francisco creció, esta tierra se hizo muy fructuosa. Su riqueza no representaba lo que había ganado, sino lo que el monopolio de esta extensión de tierra le habilitaba para apropiarse de las ganancias de los demás.

Un hombre murió en Pittsburg el año pasado, dejando 3.000.000 de pesos. Pudo ó no pudo haber sido

industrioso, hábil y económico, pero no fué en virtud de esas cualidades como se hizo rico. Fué porque vino á Washington y ayudó á propagar un proyecto que, con el objeto de «proteger á los trabajadores americanos contra el miserable trabajo de Europa», le dió la ventaja de una tarifa al 6 por 100. Hasta el día de su muerte fué un proteccionista acérrimo, y dijo que el librecambio arruinaría nuestras «industrias nacies». Indudablemente, los 3.000.000 de pesos que pudo reunir por haberse convertido en ángel custodio de nuestra «industria naciente», no representaron lo que había añadido á la producción. La ventaja que le daba la tarifa fué lo que le puso en condiciones de apropiarse las ganancias de los demás.

Este elemento de monopolio, de apropiación y de expoliación se encontrará, cuando las analizamos, en todas las grandes fortunas.

Hay dos clases de hombres que siempre están hablando de que las grandes fortunas resultaron del poder de aumento propio del capital: los que declaran que el orden social actualmente dominante es perfecto, y los que denuncian al capital é insisten en que el interés debe abolirse. El rico típico de los primeros es el que, ahorrando sus ganancias, dedica el sobrante á ayudar á la producción y se hace rico por el natural aumento de su capital. Los otros hacen cálculos de la enorme suma de un *dollar* puesto al 6 por 100, averiguan á cuánto llegará el interés en cien años, y dicen que debemos abolir el interés si queremos impedir el desarrollo de las grandes fortunas.

Mas yo creo que es difícil presentar un ejemplo de cualquier gran fortuna debida, realmente, al legítimo desarrollo del capital obtenido por la industria.

La gran fortuna de los Rothschilds proviene del

gran tesoro asegurado por el Landgrave de Hesse-Cassel para vender su pueblo á Jorge III, para pelear, como los aborrecidos «hessianos» de nuestra Revolución, la batalla de la tiranía contra nuestros antepasados. Comenzó con el dinero de sangre, recibido por su tiranuelo de mayores tiranos, como precio de las vidas de sus súbditos. Ha llegado á sus enormes proporciones actuales con la compra de empréstitos creados por reyes europeos, para tener sometidos á sus pueblos y sostener entre sí guerras asoladoras. Esa fortuna no representa las ganancias de la industria ó del capital con mayor derecho que las sumas ahora arrancadas por Inglaterra á los miserables *fellahs* de Egipto para pagar con sus enormes rendimientos los empréstitos hechos al *Khedive*, que éste derrocha en palacios, *yachts*, harems, bailarinas y diamantes.

La gran fortuna del duque de Westminster, el más rico de los ricos de Inglaterra, es simplemente el resultado de la apropiación. No proviene de las ganancias del actual duque de Westminster ó de cualquiera de sus antepasados, como tampoco provenían de ganancias particulares las grandes fortunas distribuidas por los monarcas rusos á sus favoritos cuando les daban por siervos miles de rusos. Un rey inglés, muerto hace mucho, dió á un antepasado del actual duque de Westminster una extensión de tierra sobre la cual se extiende ahora la ciudad de Londres; es decir, le dió el privilegio, todavía reconocido por el estúpido pueblo inglés, que pone al duque actual en disposición de apropiarse tantas ganancias de tantos miles de la actual generación de ingleses.

Así también las grandes fortunas de los cerveceros y destiladores ingleses se han erigido por la opera-

ción del aforo al fomentar el monopolio y concentrar los oficios.

O, volviendo de nuevo á los Estados Unidos, examinemos la gran fortuna de los Astors. Representa, en su mayor parte, una apropiación semejante de las ganancias de los demás, como la renta del duque de Wetsminster y otros grandes señores ingleses. El primer Astor hizo un convenio con cierta persona de su época, en virtud del cual sus hijos podrían imponer tributos á los hijos de otras personas para exigir una gran parte de las ganancias de muchos miles de la actual población de New-York. Su principal elemento no es la producción ni el ahorro. Ningún ser humano puede producir ó economizar terreno. Si los Astors hubieran quedado en Alemania ó si nunca hubieran existido tales Astors, el terreno de la isla de Manhattan hubiera estado igual que está.

Tomad la gran fortuna de Vanderbilt. El primer Vanderbilt era un banquero que ganaba dinero con mucho trabajo y lo ahorraba. Pero no fué el trabajo ni el ahorro lo que le pusieron en condiciones de dejar tan enorme fortuna. Fué la expoliación y el monopolio. Tan pronto como reunió bastante dinero lo empleó en arrancar á otros sus ganancias. Monopolizó las líneas de navegación. Luego se dedicó á los ferrocarriles, continuando la misma táctica. La fortuna de Vanderbilt no trae origen del trabajo y del ahorro, como tampoco la fortuna que el capitán Kydd enterró.

O tomemos la gran fortuna de Gould. Mr. Gould pudiera haber ganado su primera racha de fortuna con la superior industria y la superior abnegación. Pero no fué eso lo que le hizo dueño de cien millones. Fué destruyendo líneas férreas, sobornando jueces, corrompiendo legislaturas, creando círculos, compa-

nías y combinaciones para alzar ó bajar los valores y tarifas de transporte.

Asimismo ocurre con las grandes fortunas que han creado los caminos de hierro del Pacífico. Se han acumulado haciendo viciosas donaciones de tierra, vales y subsidios, por las operaciones del Crédito Financiero y de las Compañías de Contrato y Hacienda, monopolizando y escopleando. Y así, de fortunas creadas por combinaciones, como la Compañía de Aceite, la Sociedad Metalúrgica, la Asociación del Impuesto de Aguardiente, la Compañía de Fósforos y las varias asociaciones para la «protección del trabajador americano contra el miserable trabajo de Europa».

O bien examinad las fortunas hechas por privilegios de invención que tuvieron buen éxito. Como ese elemento dominante en tantas fortunas deriva de la subida del valor de la tierra, así éstas resultan del monopolio puro y simple. Y aunque no discuto ahora la conveniencia de las leyes sobre patentes de invención, puede observarse de paso que en la gran mayoría de los casos, los hombres que hacen fortunas con dichas patentes, no son los que hacen los inventos.

Estos elementos de monopolio y de espoliación entran en todas las grandes fortunas y, en realidad, en casi todas las adquisiciones que en estos días pueden, con razón, llamarse fortunas. El jefe de una de las mayores firmas manufactureras de los Estados Unidos, me decía hace poco: «No hacemos nuestro dinero con nuestro oficio ordinario, sino cuando hacemos un monopolio.» Y pienso que esto es verdad, en términos generales.

Considerad la parte importante que ha tenido y sigue teniendo en la creación de las fortunas el aumento de la tierra en los Estados Unidos. Esto es, natu-

ralmente, monopolio puro y simple. Cuando la tierra aumenta de valor, esto no quiere decir que su poseedor haya aumentado la riqueza general. El poseedor puede no haber visto nunca la tierra ni hecho algo por perfeccionarla. Puede—y esto ocurre con frecuencia—vivir en una ciudad distante ó en otro país. El aumento del valor de la tierra indica simplemente que los poseedores, en virtud de su apropiación de algo que existía antes de que el hombre existiese, tienen la facultad de apoderarse de una gran parte de la riqueza producida por el trabajo de otras personas. Considerad cuánto han hecho por concentrar la riqueza los monopolios creados y las ventajas dadas á los despreocupados por la tarifa y por nuestro sistema de impuesto interno, el ferrocarril (oficio que es, por naturaleza, un monopolio), el telégrafo, el gas, el agua y otros monopolios semejantes; cuánto han influido para crear nuestras fortunas los impuestos, las obligaciones, las compañías, las jugadas de bolsa y los depósitos de agua, el uso destructor de la riqueza en impeler ó sobornar la oposición que el público debe pagar definitivamente, y muchas otras cosas que éstas sugerirán, y se verá, por lo menos, que la distribución desigual de la riqueza se debe, en gran parte, á la expoliación neta; que la razón de que los que trabajan tanto ganan tan poco, mientras que tantos que trabajan poco ganan tanto, es, en gran parte, que las ganancias de una clase, de un modo ú otro, sirven para cebar las rentas del otro.

Que constantemente pasen individuos de las filas de los que ganan menos á las filas de los que ganan más, no demuestra que este estado de cosas sea bueno, como el hecho de que los marinos mercantes se estuviesen haciendo piratas constantemente y participan-

do de los frutos de la piratería no demostraría que la piratería fuese buena y que no se debiera hacer ningún esfuerzo para suprimirla.

No denuncio al rico ni trato, al hablar de estas cosas, de excitar la envidia y el odio; pero si llegásemos á obtener una clara comprensión de los problemas sociales, debemos reconocer el hecho de que, en virtud de los monopolios que permitimos y creamos, en virtud de las ventajas que damos á un hombre sobre otro, en virtud de los métodos de extensión, sancionados por la ley y por la opinión pública, pueden algunos hombres hacerse tan enormemente ricos, mientras otros permanecen tan miserablemente pobres. Si miramos á nuestro alrededor y estudiamos los elementos del monopolio, de la extorsión y de la expoliación, que contribuyen á la creación de todas ó de casi todas las fortunas, vemos, por una parte, que poco ingenuos son los que nos predicán que no hay nada de injusticia en las relaciones sociales y que las desigualdades en la distribución de la riqueza provienen de las desigualdades de la naturaleza humana; y por otra parte, vemos cuán extravagantes son los que hablan como si el capital fuese un enemigo público y proponen planes para restringir arbitrariamente la adquisición de la riqueza. El capital es un bien; el capitalista es una ayuda si no es un monopolizador. Podemos, seguramente, dejar que cualquiera se haga rico como pueda si, al hacerlo así, no despoja á los demás.

Hay profundas injusticias en la actual constitución de la sociedad, pero no son injusticias inherentes á la organización del hombre ni á esas leyes sociales, que son tan verdaderamente las leyes del Creador, como lo son las leyes del universo físico. Son injusticias, re-

sultantes de los malos arreglos, que está en nuestra mano mejorar. El estado del ideal social no es aquel en que cada uno gane una suma igual de riqueza, sino aquel en que cada uno gane en proporción á lo que contribuye á los fondos generales. Y en este estado social no habría menos incentivo para el trabajo que ahora, sino mucho más. Los hombres serán más industriosos y más morales, mejores trabajadores y mejores ciudadanos, si cada uno coge sus ganancias y las lleva á casa, para su familia, que donde ponen sus ganancias, en un puchero, y con ellas hacen jugadas, hasta que unos tienen mucho más de lo que han ganado y otros tienen poco ó nada.

## CAPITULO VII

### ¿ESTAMOS EN EL MEJOR DE LOS MUNDOS POSIBLES?

Hay mundos y mundos, aun dentro de los límites del mismo horizonte. El hombre que llega á New-York con abundancia de dinero, que se aloja en el hotel de Windsor ó de Brunswick y es recibido por huéspedes hospitalarios en casas de la Quinta Avenida, ve un New-York. El hombre que llega con duro y medio y va á una posada de veinticinco céntimos, ve otro. Hay también posadas de quince céntimos, y aún hay personas más pobres que van á ellas.

Por las agradables avenidas del Parque, á la clara luz del sol de Mayo, pasea la hija del explotador de ferrocarriles, con su traje de buen gusto flotando al aire, montada en su caballo lustroso y voceando. Detrás, á respetuosa distancia, en otro caballo de pura sangre, que se encoleriza con el bocado, va su atildado lacayo, con botas de montar y elegante librea recién estrenada. El hijo del malversador de fondos, alzándose á cada tranco sobre su caballo trotón, vestido á la moda inglesa, con su bastón de paseo empuñado por el medio, se quita el sombrero al notar su leve inclinación de cabeza. Y mientras él pasea en su *dogcart* hecho en Londres, llevando tras de sí un criado de librea, sentado y con los brazos cruzados, ella cambia

saludos con el noble descendiente del jardinero holandés, cuyo huertucho de coles, ahora cubierto de ladrillos y morteros, se ha convertido en una «hacienda» de renta señorial. En tanto, resuenan en el aire suave y cálido las notas de una música, y ruedan los coches de cuatro caballos, lleno de lacayos de librea y de personas que vociferan, para quienes la vida, con su ronda de bailes, juegos, teatros y amores mundanos, es una feria en que, á no ser por la invención de nuevos placeres, la sociedad ha de introducirse.

¡Qué diferente es este mundo brillante del de la mujer anciana que, en la calle sucia, se sienta desde la mañana á la noche, detrás de su puestecillo de manzanas y confites; del de la muchacha que está todo el día detrás de los mostradores y delante de los talleres, que se inclina sobre la máquina de coser durante horas y horas, cansadas horas, ó que sale por la noche para rondar las calles!

Un rey del ferrocarril deja las grandes provincias de su reino á cargo de sátrapas y va á Europa; el nuevo *yacht* de acero del otro está reparándose, sin cuidarse de los gastos, para un viaje alrededor del mundo, si tiene el gusto de darlo; un tercero no saldrá afuera, está demasiado ocupado comprando en su «pequeña línea férrea» todos los días. Otros seres humanos se reúnen todas las tardes de domingo por orden del Reverendo *Coffee-and-rolls-man* (1), y escuchan su sermón sobre la miseria que han de soportar. Y en los bancos de las plazas públicas se sientan hombres de cuyos semblantes sombríos y pálidos ha desaparecido el fuego de la energía y la luz de la esperanza; los despojos humanos, los parias de la sociedad.

(1) Literalmente, *hombre de café y pastas*. Es denominación burlesca, aplicada á los pastores luteranos.—(N. del T.)

Vagaba yo por Broadway una tarde, y por el magnífico salón del hombre que mató á Jim Fisk, me tropecé con un buen compañero, á quien conocí hace años en California, cuando él solo manejaba algún duro que otro. Ahora ha cambiado, y saca un manojito de billetes de su cartera para pagar los cigarros que fumamos. Tiene habitaciones en el más costoso de los hoteles de Broadway, sus trajes están hechos por Blissert, y cree que Delmonico es el único sitio donde se dan comidas decentes. Me cuenta algunas «buenas cosas» que le han sucedido, y habla de millones como si fuesen piedras. Si un hombre tiene algún éxito, dice, es tan fácil que le sucedan cosas grandes como cosas pequeñas, y los hombres que tienen las uñas tan largas en ese juego, no son más inteligentes que otros hombres de los que se saca cualquier cosa. En cuanto á la política, dice, es una cuestión que conserva los cargos. Las compañías cruzan el país ó van á cruzarle, y el hombre que no se pone de su parte es un idiota. En cuanto al pueblo, ¿qué sabe ó de qué se preocupa? La prensa dirige al pueblo, y el capital dirige á la prensa. Antes cazará con los perros que ser cazado con las liebres.

Nos despedimos, y al volver la calle, otro conocido me saluda, y, según su conversación se va haciendo interesante, le despido, pues detenerle fuera pecado, porque debe estar en el trabajo á las dos de la mañana. Me dice que ha tratado de leer *Progreso y miseria* (1), pero tiene que tomarlo á pequeñas dosis, pues sus hijos hacen tal ruido en sus dos pequeñas habita-

(1) Obra del autor. Próximamente aparecerá una traducción en la *Biblioteca Sociológica Internacional*, que dirige el Sr. Valentí Camp, á pesar de que está publicada hace ya tiempo en LA ESPAÑA MODERNA.—(N. del T.)

ciones—porque su esposa teme ponerlos en la calle para que no aprendan tanto malo—que le cuesta trabajo entender algunas partes del libro. Es un jornalero panadero, y está en buena posición. Trabaja en un *restaurant*, y sólo doce horas por día. La mayoría de los panaderos, me dice, tienen que trabajar catorce y diez y seis horas. Algunos de los sitios donde trabajan pondrían enfermo á un hombre no acostumbrado á él, y hasta los acostumbrados á él se ven obligados á detenerse y á beber de cuando en cuando; de lo contrario, no podrían seguir allí. En algunas panaderías invierten buenos caudales; pero tienen que fijar precios elevados, que sólo las personas más ricas pueden pagar. En la mayoría de ellas tenéis muchas veces que cribar harina que no está en flor, y la manteca es siempre rancia. Pertenece á una cooperativa, y están tratando de introducir en ella á todos los panaderos; pero los que trabajan más y tienen más necesidad de ella, son los que más difícilmente consiguen entrar. Las largas horas de trabajo les ponen idiotizados y les quitan toda energía. Ha tratado de poner negocio por sí mismo, y una vez él y su esposa ahorraron hasta reunir unos cientos de duros, y luego poner una pequeña tienda. Pero no tenía bastante dinero para tomar una parte en la Asociación Harinera—una asociación cooperativa por la cual los miembros sacan fondos á corto precio—y no pudo hacer competencia, perdió su dinero, y tuvo que volver á trabajar como jornalero. No ve probabilidades de salir de él, dice, á veces piensa que tan de buena gana sería esclavo. Su familia se hace cada vez mayor y cuesta más mantenerla. Su renta ascendía á dos duros el 1.º de Mayo. Su esposa reñía con el casero; le dijo que no tenían trabajo y que les costaba más que antes el vivir.

El casero dijo que no tenía que ver con eso; la propiedad había subido de precio y las rentas debían aumentarse. Las personas sensatas que se quejaban de las rentas, era que vivían con demasiada extravagancia, y pensaban que debían tener todo lo que cualquiera otro tenía. Las personas debían vivir y mantenerse robustas y gruesas, nada más que con harina y avena. Si así lo hicieran, podrían fácilmente pagar sus rentas.

Hay tal afán por pasar el Atlántico, que es difícil adquirir un pasaje con algunos meses de anticipación. Las puertas de las casas buenas y espaciosas en las calles distinguidas pronto serán cerradas, cuando sus dueños marchen á Europa, por el mar ó por las montañas. «Todos están fuera de la ciudad», dirán; no todos, sin embargo. Un millón doscientas mil personas próximamente, sin contar á Brooklyn, ó la ciudad de Jersey, quedarán abrasándose durante todo el ardiente verano. Las posadas repletas de gente no se cerrarán; todas las ventanas y puertas se abrirán para coger el menor soplo de aire. Por las sucias calles se arrastrarán hombres escuálidos y las ensordecen los juegos de los niños que nunca vieron un campo verde. Mujeres fatigadas llevarán de la mano á tranquilos pequeñuelos lánguidos, sollozando y deplorando sus diminutas vidas por falta de saludable alimentación y aire fresco, y la degradación y la miseria que se esconde durante el invierno se exhibirá en todas partes.

En una ciudad como ésta, el mundo de algunos es tan diferente del mundo en que otros viven, como Júpiter lo es de Marte. Hay mundos á los que cerramos nuestros ojos y no consentimos pensar en ellos, menos todavía contemplarlos, pero en que, no obstante, viven seres humanos; mundos en que el vicio ocupa el lugar de la virtud, y del cual parece completamente

desterrada la esperanza; infiernos brutales, discordantes, torturantes de maldad y de sufrimientos.

«¿Por qué piden pan?», preguntó la inocente princesa francesa cuando el ruido del vulgo sublevado y hambriento resonó en el patio del palacio de Versalles. «Si no tienen pan, ¿por qué no comen pastel?» Sin embargo, no fué más loca que otros locos la linda princesa, que nunca en toda su vida había sabido que el pastel no se podía pedir. «¿Por qué los pobres no son frugales, virtuosos, prudentes y moderados?», oye uno, siempre que en casas lujosas se mencionan estos asuntos. ¿Qué es esto más que la pregunta de la princesa? La frugalidad, la virtud, la prudencia y la templanza no son los frutos de la pobreza.

Pero no es de esto de lo que yo pensaba hablar aquí tanto como de esa cómoda suposición que se observa en el pensamiento y lenguaje vulgar; que este mundo en que nosotros vivimos, en el siglo XIX, cristianos, americanos, hombres y mujeres, es, en el orden social al menos, un mundo apropiado á los planes del Altísimo.

Algunos dicen esto en términos contundentes, otros lo dicen implícitamente, pero en una forma ó en otra se enseña constantemente. Ni siquiera los milagros de los inventos modernos han desterrado, en una parte influyente de la sociedad, la creencia de que es imposible la mejora social. Los hombres que hace poco se burlaban de la idea de que se moviesen por la tierra carruajes de vapor y por el mar buques de vapor también, no se negarían ahora á creer en la más notable invención mecánica. Pero el que piensa que la sociedad pueda mejorarse, el que piensa que la pobreza y el hambre pueden desterrarse del mundo, es todavía considerado, en círculos que se precian de cultura y

racionalismo, como un soñador, como un peligroso lunático.

Va perdiendo fuerza la antigua idea de que todo en el mundo social está regido por la Divina Voluntad, de que las misteriosas dispensaciones de la Providencia son las que dan la riqueza á los pocos y señalan la pobreza como destino de los muchos, la que hace á unos amos y á otros siervos; pero está ocupando su puesto otra idea que responde al mismo fin, y, en nombre de la ciencia, decimos que la única reforma social posible se realizará por una lenta evolución de la raza, evolución cuya fuerza impelente es la violenta lucha por la existencia; que (como he leído hace poco en un «diario de la civilización», saliendo de la pluma de un hombre que ha pasado de la predicación de lo que llamaba cristianismo á la predicación de lo que llama economía política), «sólo la *élite* de la raza ha sido elevada al punto en que la razón y la conciencia pueden refrenar todavía las bajas fuerzas motrices» y «que para todos, menos para algunos de nosotros, el límite de lo asequible en la vida es, en el mejor caso, vivir á nuestro gusto, pagar nuestras deudas, poner á nuestros tres ó cuatro hijos en una posición tan buena como fué la de su padre y hacer el balance de la cuenta». En cuanto á los «amigos de la humanidad» y los que «ayudan al pobre», les profesan el mismo desprecio que los Escribas y Fariseos de hace ochocientos años sentían hacia un pernicioso reformador social á quien, finalmente, crucificaron.

En todas esas teorías late el egoísmo, que se resiste á un análisis de los títulos á la riqueza que la codicia ha acumulado, y la dificultad é indisposición en que se encuentran las clases acomodadas de comprender la existencia de cualquier otro mundo que no sea el que

tienen á la vista. «Esa mitad del mundo no sabe cómo vive la otra mitad»; esto es mucho más cierto de la mitad más elevada que de la más baja. Examinamos de mejor gana lo que es grato que lo que es desagradable. La muchacha de la tienda se deleita en los amores de lord Maltravers y de lady Blanche, como los niños sin un céntimo contemplarán los escaparates de los confiteros, como los hombres hambrientos soñarán con fiestas, como los pobres leerán cuentos de repentina riqueza. Y el sufrimiento social es mudo en su mayor parte. El que va bien vestido toma por las calles principales, pero el haraposo se escabulle por los callejones. El hombre con buena casaca será atendido donde el mismo hombre con andrajos sería atropellado. Esa parte de la sociedad es la que tiene más razón para estar satisfecha con que las cosas sean tales como son; esto lo he oído en la prensa, en la iglesia y en la escuela, y esto forma la opinión convencional de que este mundo en que vivimos nosotros, americanos, cristianos, en la última mitad del siglo XIX, es un mundo tan bueno como el Creador; si hay un Creador, trató de que fuese.

Pero miremos á nuestro alrededor. En todo el mundo, la belleza, la gloria y la gracia de la civilización está cimentada en vidas humanas hundidas en la miseria y la opresión. No hablaré de Alemania, Francia ó Inglaterra. Miremos de nuevo á nuestro alrededor, aquí donde la civilización europea florece en el libre campo de un nuevo continente; donde no hay reyes, ni grandes ejércitos en pie, ni reliquias de esclavitud feudal; donde la existencia nacional comenzó con la declaración de los derechos del hombre iguales é inalienables. Tomo de un periódico diario, casi al azar, porque no estoy buscando las sombras más oscuras:

«Margarita Hickey, de treinta años de edad, vino á esta ciudad unos días ha desde Boston con un niño de siete semanas. Trató de buscar trabajo, pero no lo consiguió. El sábado por la noche puso al niño en un sótano del número 226 de la calle *West-forty-second*. A media noche llamó en la delegación de policía y dijo que había perdido á su niño en la calle *Forty third*. Entre tanto un policía encontró al niño. Se tuvo á la madre detenida hasta ayer por la mañana, en que se la llevó al tribunal de Yorkville que la mandó á la Isla por seis meses.» Mañana y tarde, día por día, en estos tiempos de paz y prosperidad, puede uno leer en los periódicos diarios noticias como ésta y peores que ésta. Estamos tan acostumbrados á ellas, que no excitan la atención ni el comentario. Sabemos cuál será el destino de Margarita Hickey, de treinta años de edad, y de su niño, de siete semanas, enviados á la Isla por seis meses. Mejor sería para ellos y para la sociedad que se ahogasen como se ahoga un sombrero inútil y un gato sarnoso que tiramos al agua; pero son tan comunes tales casos, que los miramos como miramos el número de piezas heridas en un tiro de pichón y nos ponemos á leer «lo que pasa en la sociedad»; la nueva ópera ó comedia; las casas alquiladas para la temporada en Newport ó Long Branch; el divorcio ó el último gran desfalco del millonario; como Heber Newton tuvo que ser expulsado de la Iglesia episcopal por declarar que el Cantar de los Cantares es un poema de amor y la historia de Jonás y la ballena un embellecimiento poético; ó como el gran cambio que ha de transformar al pueblo americano el año siguiente es la tendencia de los empleados republicanos á tener clientes democráticos.

El otro día leía yo en un periódico de Brooklyn que

se había reunido un tribunal dirigido por un juez especial para indagar, como la ley ordena, las causas de la muerte de un niño de dos días. La habitación poco saludable donde había muerto carecía de todo, á no ser una silla rota, un lecho miserable y una botella de aguardiente, vacía. Sobre el lecho yacía una muchacha joven, madre del niño muerto; sobre la silla, en un estupor producido por la embriaguez, se revolcaba un hombre: el padre de ella. «El jurado, sobrecogido de horror, decía el relato, dió su veredicto de acuerdo con los hechos y abandonó aquel lugar lo más pronto que pudo.» Así nos apartamos de estos horrores. ¿No hay policías y delegaciones, hospicios y sociedades caritativas?

No obstante, enviamos misioneros á los paganos; y el otro día leí que los misioneros, enviados á predicar á los indios el evangelio de Cristo, habían sido puestos al tanto de la diferencia entre la moneda inglesa y las rupias (1) indias por hombres piadosos que se quedan en casa y manejan el dinero. Sin embargo, desde el círculo polar Artico al Antártico, ¿donde hay paganos entre los cuales se encuentren seres humanos tan degradados y trastornados como en nuestros centros de civilización, que se llama cristiana, donde tenemos tal respeto hacia el ojo de Dios que todo lo ve, que si queremos tomar una copa el domingo debemos ir al salón por la puerta trasera? ¿Entre que tribu de salvajes, que nunca vieron un misionero, pueden testificarse los horrores á sangre fría que se comprobaron en el hospicio de Tewksbury? «Los niños no viven aquí mucho tiempo por lo general», decía la esposa del colono que les llevaba alguna

(1) Esta moneda del Indostán vale 9 reales y 46 céntimos.—  
(N. del T.)

cosilla. Sesenta y tres por sesenta y cuatro murieron en pocas semanas, y sus cuerpecitos eran envueltos en una sábana y llevados por docenas á la sala de disección, y un niño de seis meses que estuvo allí dos días perdió tres libras de peso. Y no marchaban mejor los adultos; los hombres y las mujeres inútiles que allí buscaban asilo. Eran robados, morían de hambre, se les golpeaba, convertidos lo más pronto posible en cadáveres que se vendían á buen precio, mientras que los administradores de aquello, altamente respetados, seguían orondos y ricos y gastaban con comités legislativos lo mejor de las comidas y lo más escogido de los vinos. Fuera calumniar á los mudos brutos hablar de la crueldad bestial disfrazada por el exterior de este sepulcro blanqueado. Sin embargo, los representantes de la riqueza y de la cultura y de «las ideas morales más elevadas» de Massachusetts no sólo reciben friamente estas revelaciones, sino que combaten duramente al hombre que las ha hecho, como si el sacar esos horrores á la luz, no el cometerlos, fuese el pecado imperdonable. ¡Si ellos fuesen pobres! Y yo leía en la *Tribuna*, de New-York, que «las miserias de los pobres de Tewksbury no son peores que las que el destino común reserva á todos los pobres refugiados en el país».

O bien, examinad las revelaciones hechas este invierno ante un comité legislativo de las barbaridades practicadas en las cárceles del Estado establecidas en New-York. El sistema permanece inalterable; ni un oficial ha sido despedido. La creencia que domina en nuestra sociedad es, indudablemente, la que veo expresada por un reverendo profesor de Sale: que «el criminal no tiene que reclamar nada de la sociedad. ¡Lo que se haga con él es cuestión de conveniencia!»

¿Me extrañará que nuestros misioneros lean á los paganos los periódicos de América? Estoy seguro de que no los leen.

Además de todo esto, hay la miseria social. Criminales, mendigos, prostitutas, mujeres que abandonan á sus hijos, hombres que se matan desesperados de la vida; la existencia de grandes ejércitos de mendigos y ladrones, demuestran que hay clases numerosas que encuentran difícil hacer con el trabajo más duro una vida honrada y provechosa. Así es. «Hay, me decía incidentalmente hace poco un juez supremo de New-York, una numerosa clase de la población de New-York y Brooklyn que vive de tal manera, que el nacimiento de dos hijos significa, inevitablemente, un muchacho para el presidio y una muchacha para el burdel.» Un informe parcial de la obra caritativa en la ciudad de New-York, que no incluye las operaciones de un gran número de importantes sociedades, demuestra que se presta socorro á 36.000 familias, mientras que se calcula que si se juntasen las casas de New-York que contienen criminales y los asilos de caridad, formarían una calle de veintidós millas de largo. Una sociedad caritativa de New-York prestó ayuda este invierno á las familias de trescientos sastres. Sus sueldos son tan pequeños, que cuando el trabajo cesa, deben pedir limosna, robar ó morir de hambre.

Y este estado de cosas no está limitado á la metrópoli. En Massachussetts, el estadístico de la Oficina del Trabajo declara que, entre los trabajadores con sueldo, las ganancias (excepto las ganancias de los niños) son siempre menores que el coste de la vida; que en la mayoría de los casos, los jornaleros no sostienen sólo á sus familias con las ganancias individuales, y

que los padres se ven obligados á depender de sus hijos porque, de un cuarto á un tercio de las ganancias de la familia, los niños de menos de quince años contribuyen con un octavo ó un sexto de las ganancias totales. Miss Emma E. Brown ha demostrado que los padres se ven forzados á evadir la ley que prohíbe el empleo de los niños, y leo que en Pensilvania, donde esa ley ha sido aprobada, los operarios de una fábrica, forzados por la misma necesidad, han resuelto sobornar á un tendero, cuyo pariente declaró que se debía emplear á los niños de menos de trece años. Mientras tanto, en el Canadá se demostraba el invierno pasado que los niños de menos de trece años eran puestos al trabajo en las fábricas, de seis de la tarde á seis de la mañana, vigilando un hombre con un zurriago para que no se durmiesen.

Illinois es uno de los Estados más ricos de la Unión. Mas no está bien administrado, pues el último censo demuestra que en la población masculina hay exceso sobre la femenina y los sueldos son considerablemente más elevados que en la mayoría de los Estados orientales. En su último informe los comisionados de la Estadística del Trabajo de Illinois, dicen que sus cuadros de sueldos y de coste de la vida, representan sólo los trabajadores inteligentes que sacan las mayores ventajas y no alcanzan «á ese mundo de impotente ignorancia y abandono en que viven continuamente las plebes de las grandes ciudades, y cuya única estadística es la de las epidemias, del pauperismo y del crimen». Sin embargo, continúan diciendo, un examen de estos cuadros demostrará que la mitad de estos inteligentes trabajadores de Illinois, «no son capaces siquiera de ganar lo bastante para su sustento cotidiano y tienen que depender del trabajo de muje-

res y niños para llevar adelante su miserable existencia».

Insensato es quien dice en su corazón que no hay Dios. Mas, ¿qué llamaremos al hombre que nos dice que Dios nos suplica que nos contentemos con esta clase de mundo?

## CAPITULO VIII

### TODOS DEBIÉRAMOS SER RICOS

Los términos rico y pobre se usan con mucha frecuencia en sentido relativo. Entre los campesinos irlandeses, puestos al límite de la inanición por el tributo que se les arranca para mantener á los señores territoriales, ausentes en Londres ó en París, «la mujer que tiene tres vacas» es considerada como rica, mientras que en la sociedad de millonarios, un hombre que sólo posee 500.000 duros, es considerado como pobre. Ahora bien, es natural que todos podemos ser ricos en el sentido de tener más que otros; pero cuando la gente dice, como acostumbra, que no todos pueden ser ricos, ó cuando dice que debe haber siempre pobres entre nosotros, no emplean las palabras en este sentido relativo. Llamam ricos á los que tienen bastante ó más de bastante riqueza para satisfacer todas las necesidades racionales, y pobres á los que no lo tienen.

Ahora bien, usando las palabras en este sentido no me asocio á los que dicen que no todos pueden ser ricos; á los que declaran que en la sociedad humana debe existir siempre el pobre. No quiero decir con esto, naturalmente, que todos debiéramos tener un séquito de criados; que todos debiéramos eclipsarnos